Texto de La Conversión del Moro al cristanismo

Embajador moro en el altar, al frente de su ejército. Embajador cristiano en el fondo de la iglesia.
(Sale el moro)

Moro:

Antes que salga la Aurora
coronada de jacintos,
quiero como General
y como cauto caudillo
registrar mis centinelas
para ver si se han dormido;

que General que descansa
a vista de su enemigo,
bien puede ser vigilante,
bien puede ser atrevido,
mas yo nunca me conformo
con tan heroicos designios.

Hoy que celebra el cristiano
con fiestas y regocijos
aquel día en que nació
el que llaman Dios Divino,
aquel Profeta de Alá
que algunos le llaman Cristo,

he de llegar, por si tiene
aqueste fuerte castillo
algún cristiano valiente
para batallar conmigo
y si no, su General
pues que le toca a su brío

el salir a la batalla
para que este regocijo
se les vuelva en gran pesar;
porque es grande desatino,
que estando a mi vista, estén
en fiestas tan divertidos.

En cólera y rabia ardo
y de mi cuchilla el filo
está rabiando por dar
muerte a cuantos atrevidos
se opusieran a mi brazo,
pues soy león vengativo
que despedazo entre manos
a cuantos me han ofendido.

(Ve un retrato de María y dice suspenso)

¡Mas, cielos, qué es lo que veo!
¡Confuso estoy, y aturdido!
¿Quién el atrevido fue
que con tan osado brío
se atrevió a poner aquí
esta Imagen, o este hechizo
de esta mujer, a quien llaman
María, Madre de Cristo?

O no soy quien ser solía,
o es encanto lo que miro.
¿No soy aquél de quien tiemblan
los más altos edificios?.
¿Los montes, no se estremecen
cuando miran vengativos
que enarbolo mis banderas?.
¿Y los brutos sumergidos,
en dando sólo un amago,
quedan todos aturdidos?.

¿Y, no soy aquél también
que a pechos de una leona
mamé su leche crüel,
y a quien perdona la muerte
como hace el rayo al laurel?.

Pues aquí de mi furor:
¿cómo el cristiano atrevido
no tiembla de ver que yo
me publico su enemigo?.

Yo he de llamar por si salen,
porque estoy muy ofendido,
y hasta que beba la sangre
de este cristiano atrevido,
no he de recibir contento.

(Llama)

¡Ah de ese fuerte castillo!.

¡Salid cuantos estáis dentro,
que a todos os desafío!.
¡Salid, si queréis batalla,
y si no, dejad el sitio:
huid, que os busca un león
en volcanes encendido!.

Y pues tuvisteis valor
en andar tan atrevidos
de fijar en mi Real Tienda
ésta, que más me ha ofendido,
tenedlo para salir
a la batalla conmigo;

y si no queréis salir,

en este retrato mismo,
que es el que más estimáis,
me he de vengar atrevido
convirtiéndolo en pedazos
con rabia y furor altivo.

(Valo a rasgar, y sale el cristiano, y lo detiene)

Cristiano:

(Desde el fondo de la iglesia, avanzando paulatinamente hasta llegar al altar y colocarse enfrente del embajador moro)

¡Detente, bárbaro impío!.

Que, si te sufrió el valor
en llegar tan atrevido
a desafiar a cuantos
defienden la fe de Cristo,
ya no te puede sufrir
en tan bárbaro designio;

porque, tocando a María,
en pureza claro armiño,
aquella pura sin mancha,
aquel escollo divino,
aquella suprema reina
de los ángeles divinos,

a quien suplico que ampare
para que sea cuchillo
de cuantos tiranos fuertes
ultrajan su ser divino,
y de su divina gracia
mi fuerte brazo asistido,
despedace cuantos niegan
la fe de su sacro hijo;

y ya cansado de verte
tan soberbio, tan altivo,
vengo a que sepas, tirano,
que habrá quien te dé castigo
de las bárbaras razones
y tu mal fundado estilo.

Y, pues que tanto blasonas
de valiente y de atrevido,
saca ese cobarde acero,
saca ese bárbaro filo,
y verás en breve tiempo
del más humilde caudillo
que tiene la cristiandad,
si saben cortar los filos
de mi vencedora espada.

Ea, bárbaro atrevido,

apercíbete a batalla.

(Sacan las espadas)

Moro:

Ya, cristiano, me apercibo,
y te responderá ahora
aquesta abrasada aroma,
este carbón de Mahoma,

(Riñen)

aqueste rayo de Alá,
aqueste adusto tizón,
abrasante maravilla,
castigando tu soberbia
con esta corva cuchilla.

Cristiano:

Habla menos, y obra más,
que me enojan tus razones.

Moro:

Obrar y hablar, porque soy
rayo yo en las ocasiones.
¡Mas, ay de mí, que la tierra
que pisaba me ha faltado!.

(Cae el moro en tierra)

Cristiano:

(Amenazando al moro con la espada)

Ya estás vencido, tirano,
y castigada tu infamia:
y si a Dios no le confiesas
y de tu secta te apartas,
te he de cortar la cabeza
y en la punta de mi lanza
la he de llevar por bandera
para triunfo de mi espada.

¡Ea, moro, a Dios confiesa
y a su madre soberana!.

Moro:

¡Oh, valeroso cristiano!.
Detén tu valiente espada
y ayúdame a levantar
que, ya vencido en batalla,
si me vence el argumento,
te prometo mi palabra

de recibir el bautismo
y, asistido de la Gracia,
confesar de Dios el nombre
y a su madre soberana.

Cristiano:

Pues, con aquese propuesto,
levanta, moro, levanta.

(Ayúdale el cristiano a levantarse)
Propón tu dificultad
que, confiado en la Gracia
de María, he de vencerte;
que, aunque el estilo me falta
que da la filosofía,
para casos de importancia
como es este ministerio,
llevando el Norte del alma,
que es María, en mi respuesta,
espero victoria larga.

Moro:

(Mirando al cielo)

¿Qué es esto, Profeta santo?.
¿Qué novedades son éstas?.

Ayer me salí triunfante
con grande magnificencia,
con doscientos escuadrones
de hombres armados de guerra
que al mismo sol le decían:
¡tente y para tu carrera!;
y hoy los veo destrozados
y a pedazos por la tierra.

¿Qué es esto, Santo dichoso?.
¿Qué poder en vos se encierra,
pues de cuarenta mil moros
sólo doscientos me quedan,
que los demás ya pagaron
tributo a la parca tierra?.

Los que quedan, estoy cierto
que cantan con voces tiernas
que sois el Hijo de Dios,
que creó el cielo y la tierra,
y sois quien le dio victoria
al cristiano en esta guerra,

porque vimos pelear
al cristiano con destreza
en medio de la batalla
destrozando mis hileras.

También vimos pelear
a la divina princesa
de los ángeles, María,
dulcísima madre nuestra,
que bajó rompiendo el aire
diciendo con voces tiernas:
¡Ánimo, cristianos míos,
que la victoria os espera!.

Grandes son estos auxilios,
pero me temo que sea
hechizo de los cristianos
con que pretenden que crea
en su ley, y que me aparte
de lo que la mía ordena;
mas, aunque la fuerza me haga,
mucho la razón me aprieta.

(Discurriendo)

Dime, dime, razón mía,
¿no es bien cierto que en mi ley
puede salvarse cualquiera?.
Tributo veneraciones
a Mahoma y a su secta.
¿Mis padres no fueron moros?.

¿Mis abuelos y ascendencia,
no siguieron de esta ley
sin escrúpulos la senda?.
¿Pues, cómo ha de ser error
la que gentes tan diversas
han seguido?. No lo creo.

¡Afuera, afuera, quimeras!.
¡Afuera, ciegos discursos!.
¡No me turben la paciencia,
que antes, perderé la vida,
que intente mudar de secta!.

Pero, ay de mí, que no puedo
resistir tanta violencia
de unos impulsos que al alma
la acosan sobremanera.

La carne dice que no;
el espíritu, que crea;
la razón me da la espalda;
y el discurso, que consienta;
y, entre tantas confusiones,
Cristo santo, que me cercan,
dadme quien me dé consuelo
o ten conmigo paciencia.

Cristiano:

+

Ya que en tales quimeras te veo,
vengo a ofrecerte mi ayuda,
que si antes te vencí en batalla
a pesar de esa arrogancia tuya,
hoy vengo a vencerte en palabras
a que admitas esta ley divina
pues, ante los ojos de Dios,
Él tu fe ya la adivina.

Ábreme tu corazón,
expón tus razones impías,
dime cual es la razón
del porqué de esta ley desconfías.

Moro:

Digo que no puede ser
que, de una doncella intacta,
naciese este Dios, y hombre,
quedando doncella casta.
Esta es la dificultad
que me aturde y me desmaya:
parir y quedar doncella
parece cosa de fábula.

Cristiano:

No tienes que poner duda
que en Ella no cupo mancha.
¿No habrás visto en un cristal,
allá en tus bárbaros ritos,
de que el sol hermoso sale
y entra sin romper el vidrio?.

Pues así entró el sol divino
de Jesucristo en María
quedando aquel cristal fino
de santidad tan perfecto
como antes de haber nacido;
porque usando el sumo bien
de aquel dote tan altivo
de sutilidad, salió
de aquel cristal tan divino
de María, sin que hubiese
menester su ser divino
romper los caudales bellos
de aquel cristal puro y limpio
de virginidad, dejando
aquel sitio tan divino
tan secreto como el cielo,
que en sus secretos divinos
no se pueden comprehender
los misterios tan altivos.

Con esto me he explicado:
confiesa el nombre de Cristo,

déjate de idolatrías,
recibe el santo bautismo
y me tendrás a tu lado
como el más leal amigo.

Moro:

Basta, valiente cristiano,
que dos veces me has vencido,
una con el argumento
y otra con tu acero limpio.

Llévame antes que te sienta
mi gente, que apercibidos
están para si me ofendes:
ya confieso a Jesucristo.

Llévame presto, cristiano,
donde reciba el bautismo,
que, cada instante que tarda,
a mí me parece un siglo.

Y a vos, sagrada María,
el perdón humilde os pido
de la ceguedad en que
en este siglo he vivido;
y confesando la fe:
¡Viva Cristo!.¡Viva Cristo!.

Cristiano:
Para haber de cristianarte
ya está todo prevenido.

Moro:

Adiós Selim, oh Sultán,
que Fátima ya te deja;
aquí tienes el bastón
y el gorro de mi cabeza;
también te entrego la espada
que ensangrenté en muchas guerras.

Afuera, manto real,
tan labrado en oro y seda,
que en ausencia de Selim
me has hecho persona regia;

afuera, banda labrada
de diamantes y de perlas,
que al verte sobre mis hombros
más me afliges y atormentas;

afuera, la demás ropa,
que el agua bendita venga,

(Arrodillándose)

porque quiero que María
lave mi sucia cabeza.

(Se inicia la ceremonia del bautismo en el altar. Mientras, tocan las campanas)

Yo, en el nombre del Padre
y del Hijo te bautizo...
y del Espíritu Santo.

(El moro se pone de pié)

Cristiano:

Y, pues esperas la fe,
abrázame, nuevo amigo,
luz y gloria de paganos,
pues en ti espero un caudillo,
gloria de la cristiandad
y gran defensor de Cristo.

(Se abrazan)

Y a vos, sagrada María,
reina del cielo divino,
pues que con tu sacra ayuda
este moro he convertido
a que profese la ley
de tu soberano hijo;

y, pues tuya es la victoria,
pido que me des auxilio
para que convertir pueda
a la ley de Jesucristo
más moros que tiene el mar
gotas de agua en su abismo.

Así lo espero, Señora,
de vuestro poder divino
que, asistido de la Gracia,
siempre iré por buen camino
y temblarán de mi brazo
el turco, hereje y judío.

Moro:

(Dirigiéndose a la imagen de la Virgen)

Gracias te doy, bella imagen,
por haber dado experiencia
y luz a mi entendimiento
para salir de tinieblas,
porque yo estaba ofuscado
en un mar de sombras densas.

(Dirigiéndose a sus tropas)

¡Ea, valientes soldados,
los que mi mando gobierna,
venid todos y, postrados,
le daréis la enhorabuena
a esta imagen soberana
que es Patrona de Villena!.

Y después, todos conmigo,
cantadle con voces tiernas:
¡Viva José soberano!.
¡Viva su esposa la reina!.
¡Viva esta imagen sagrada,
Jesús y su santa Iglesia!.

Cristiano:

¡Viva la Virgen de las Virtudes!

(Donde de las muchas faltas
a todos perdón pedimos,
y a quien se ha de conceder
será a Diego de Ornedillo,
que fue el autor que compuso
este breve silogismo).